

MICHOACÁN
RETRATOS Y RELATOS
DE MIGRANTES



MICHOACÁN

RETRATOS Y RELATOS
DE MIGRANTES

Gail Mummert
Editora



EL COLEGIO
DE MICHOACÁN, A.C.

CONTENIDO

PRÓLOGO

13 *Gail Mummert*

PRIMERA PARTE

VIDA DIARIA EN FAMILIAS MIGRANTES

¿POR QUÉ MIGRAN LOS ABUELOS Y ABUELAS A ESTADOS UNIDOS?

19 *Leticia Díaz Gómez*

¿DE QUÉ ENFERMAN Y MUEREN LOS MIGRANTES?

35 *Guillermo Fernández Ruiz*

¡TAN, TAN! ¿QUIÉN TOCA? UN TROMPETISTA Y DOS DUETOS...

57 *Álvaro Ochoa Serrano*

SEGUNDA PARTE

GANARSE EL PAN DE CADA DÍA

¿CÓMO RECLUTAN A TRABAJADORES TEMPORALES LOS GOBIERNOS Y LAS AGENCIAS PRIVADAS?

79 *Ofelia Becerril Quintana*

¿QUIÉNES SON LAS TRABAJADORAS AGRÍCOLAS CONTRATADAS QUE VAN A ESTADOS UNIDOS Y CANADÁ?

105 *Elizabeth Juárez Cerdi*

¿CONTRIBUYEN LAS REMESAS A MEJORAR EL BIENESTAR DE LAS FAMILIAS DE MIGRANTES MICHOACANOS?

121 *Carlos Enrique Tapia*

TERCERA PARTE

REDES ORGANIZATIVAS

¿CÓMO CONTRIBUYEN LOS CLUBES DE ORIUNDOS AL DESARROLLO COMUNITARIO?

141 *Carlos Alberto González Zepeda*

	¿QUÉ HAY DE LOS BRACEROS?
169	<i>Philippe Schaffhauser</i>
	¿POR QUÉ LA RELIGIÓN ES IMPORTANTE PARA LOS MIGRANTES?
193	<i>Miguel J. Hernández M.</i>
<hr/>	
	CUARTA PARTE
	DEL NORTE A MICHOACÁN
211	¿QUIÉNES SON LOS RETORNADOS Y DEPORTADOS?
	<i>Gail Mummert</i>
	¿QUÉ SUCEDE CON NIÑ@S Y JÓVENES MIGRANTES PROCEDENTES DE ESTADOS UNIDOS?
231	<i>Oscar Ariel Mojica Madrigal</i>
	TRAS LOS IRES Y VENIRES DE MIGRANTES DE MICHOACÁN
245	<i>Gail Mummert y Juan Luis Pascual</i>
253	Siglas y acrónimos
257	Índice de ilustraciones
261	Índice analítico
269	Índice toponímico

Oscar Ariel Mojica Madrigal
El Colegio de Michoacán

En años recientes, decenas de miles de niños, niñas y jóvenes procedentes de Estados Unidos han llegado a México y, en especial, a Michoacán. Su arribo se debe o bien a la deportación propia o de padre y/o madre o al panorama político, económico y social que se vive en Estados Unidos posterior a la crisis económica de 2008. Al describir algunas experiencias de estos niños, niñas y jóvenes en sus procesos de integración a la comunidad y a la familia, buscamos contribuir a la desestigmatización del migrante deportado y su familia.

La migración de nuestros paisanos de Estados Unidos a México ha aumentado desde la década de 2000. Este flujo se debe en parte al endurecimiento de las políticas de seguridad nacional en Estados Unidos que criminalizan, persiguen y expulsan a inmigrantes indocumentados. Estos han sido acusados de ser responsables de los problemas que aquejan a Estados Unidos, desde el desplome de su economía hasta los atentados terroristas sufridos. Con el triunfo del candidato republicano Donald Trump a la presidencia en 2016, aumentaron los discursos y acciones anti inmigrantes.

La migración de retorno ha preocupado a autoridades mexicanas por el trato y construcción de los migrantes en Estados Unidos como personas malas para la sociedad, la seguridad y la economía. Esta preocupación se agudiza ante la falta de proyectos consolidados en México para atender a la población migrante



que vuelve al país. Los esfuerzos por parte de autoridades nacionales parecen ser acciones repentinas y poco planeadas, lo cual hace que los programas y propuestas tengan poco alcance. Así, encontramos el Fondo de Apoyo a Migrantes (FAM) o el Programa 3x1. Tampoco hay una buena comunicación entre el Programa Especial de Migración (PEM) y los programas municipales. Ante este panorama de incertidumbre y falta de acciones consolidadas, este capítulo busca mostrar algunos escenarios de lo que viven los migrantes en retorno (de forma forzada o voluntaria) y de aquellos que han migrado por primera ocasión a México.

La información reportada en este capítulo procede del proyecto de investigación “Impactos socioculturales de la migración de retorno en el norte de Michoacán”, iniciado en 2011. En 2013 centró su atención en menores y jóvenes criados y nacidos en Estados Unidos que viajaban a México por deportación propia o la de padre y/o madre. Desde entonces hemos realizado estudios en 13 municipios michoacanos y entrevistas a migrantes en la frontera de Tijuana al momento de llegar a México por deportación. Las entrevistas han sido a migrantes deportados o retornados por los contextos económicos y políticos en Estados Unidos y ante la amenaza de deportación. Además, a miembros de sus familias, comunidad y autoridades mexicanas: maestros, regidores de asuntos migratorios, encargados de oficinas del área de psicología y estancia para la mujer del Sistema Nacional para el Desarrollo Integral de la Familia (SNDIF).

NO TODOS SON DEPORTADOS NI ADULTOS: MIGRANTES CON EXPERIENCIA DE RETORNO RECIENTE DE ESTADOS UNIDOS A MÉXICO

La migración México-Estados Unidos cuenta con más de un siglo, tiempo en el que los retornos y deportaciones han sido recurrentes. Por ejemplo, en 1932 se estrenó en la Ciudad de México la obra de teatro *Los que vuelven. Pieza trágica en tres tiempos*, escrita por Juan Bustillos Oro. La obra retrataba la repatriación masiva de mexicanos y sus familias de Estados Unidos, los problemas enfrentados y la discriminación vivida en esa época. El panorama resulta muy similar al actual. Pero la principal diferencia entre las deportaciones del siglo XX y las actuales tiene que ver con el aumento sostenido en la migración de tipo familiar desde mediados de los años ochenta. Como parte de procesos de reunificación familiar en Estados Unidos, los migrantes permanecían temporadas más prolongadas en el Norte. Sus

razones eran la imposibilidad de hacer viajes constantes a la comunidad de origen debido a la implantación de nuevas medidas de seguridad en la frontera y el alza en los costos del cruce indocumentado. Las largas estancias en el Norte produjeron un aumento en el número de nacimientos de hijos de migrantes que luego fueron criados en dicho país. Estos hijos forman una nueva generación; en la actualidad se han convertido en acompañantes de sus padres deportados o retornados.

Según la Fundación BBVA Bancomer, en 2015 residían en Estados Unidos 36.9 millones de personas de origen mexicano, de los cuales, 11.9 millones eran mexicanos de tercera generación (descendientes de mexicanos), 12.8 millones estadounidenses de padre o madre mexicana (llamados de segunda generación) y 12.2 millones eran mexicanos. Los datos de las llamadas segunda y tercera generación son producto de largas estadías de sus familias en Estados Unidos. Empezaron a “hacer vida” en el Norte, adquiriendo bienes de inversión allá que antes habían sido el motivo del viaje: casas, vehículos y equipos de trabajo. Entonces, los objetivos empezaron a ser trazados en el entorno donde sus hijos fueron creciendo, donde tenían trabajo y construían un patrimonio familiar.

Sin embargo, las deportaciones han sido una constante desde los periodos del presidente Barack Obama (2009-2017). Durante sus dos mandatos, fueron registrados entre 2.8 y tres millones de eventos de deportación, de los cuales, aproximadamente 70% fueron a migrantes mexicanos. Para Michoacán, la Secretaría del Migrante informó (sin especificar sus fuentes) que entre 2011 y 2014 fueron deportados entre 35 y 40 mil michoacanos por año. Hay discusión sobre la validez de los datos proporcionados por instituciones académicas o gubernamentales. Cada una utiliza instrumentos específicos y diferentes criterios. Por ejemplo, la Encuesta sobre Migración en la Frontera (Emif) los registra en las fronteras norte y sur, mientras que el Consejo Nacional de Población (Conapo) en las viviendas. Algunas oficinas de atención al migrante a nivel estatal contabilizan el número de personas que acuden para solicitar algún trámite o información.

El hecho de haber sido deportado implica un doble problema. Primero, volver a México sin haber cumplido objetivos, sin tener en mente el retorno y a veces dejando familia en Estados Unidos. Segundo, competir con las personas locales por recursos económicos, de por sí escasos, en un ambiente similar a aquel que los llevó a partir hacia el Norte. También migrar a sitios que resultan extraños y desconocidos para aquellos nacidos y criados en Estados Unidos, acompañantes en la deportación de su padre o madre. Algunos deportados deciden “volver” a Estados



Unidos a pesar de contar con antecedentes de una migración indocumentada y con la amenaza de pasar hasta diez años en prisión. Correr este gran riesgo forma parte de los cambios entre el cruce actual y el de antaño. Además es un reflejo de que las condiciones económicas en México no permiten la inserción de algunos migrantes y sus familias.

Hasta la década de 1980, un cruce indocumentado no implicaba una sanción como ha sido el caso a partir del año 2000. Era común utilizar la visa de un pariente o persona con parecido físico. Si eran utilizados documentos que no eran oficiales o no correspondían a quien quería cruzar, las autoridades estadounidenses simplemente les decían que regresaran por donde habían entrado. Otros respondían en inglés a la pregunta que hacían las autoridades fronterizas al momento del cruce, “Where were you born?”, diciendo “U.S. citizen”. Intentaban varias veces hasta lograr el cometido; si el oficial de migración decía “no”, el migrante probaba su suerte en otra fila. No se producía una revisión exhaustiva de los antecedentes de la persona, ni se generaba evidencia burocrática del intento de cruce.

Ya en el siglo XXI, el proceso es muy distinto. La persona que trata de aparentar ser otra puede ser detenida y procesada por robo de identidad o falsificación de documentos. Es un delito grave por el que puede pasar tiempo en la cárcel (días, meses o incluso años) y posteriormente ser deportado por un sitio distinto al de intento de cruce. Por ejemplo, alguien que quiso cruzar por Tijuana, Baja California, puede ser deportado por Reynosa, Tamaulipas, o viceversa. En la década de 2010, las autoridades estadounidenses han separado familias detenidas en la frontera para que desistan en el cruce familiar. Se ha convertido en parte de las estrategias de terror que buscan acabar con los cruces indocumentados de familias completas. Además, los costos han aumentado. Durante la década de 1980, el precio osciló entre 400-700 dólares; a finales de 2016, entre 5 000-10 000 dólares. La cifra mayor corresponde al cruce por garita con documentos falsos, aunque la usurpación de identidad y falsificación sea muy penada.

Para localizar a una persona detenida o liberada por ICE en los últimos 60 días, consulta <https://locator.ice.gov/odls/#/index>

Desde finales de los años noventa, el crimen organizado ha convertido a los migrantes en una víctima más: los obligan a cruzar drogas (los llamados “mulas”) o a incorporarse a sus filas como pistoleros o narcomenudistas. Incluso los motivos de la migración ya no son sólo para obtener

ingresos y con ello buscar el bienestar familiar; ahora incluyen salvar la propia vida en contextos plagados de inseguridad y falta de oportunidades para vivir. Ha sido una constante encontrar familias que deciden enviar a sus hijos a Estados Unidos para evitar el acoso que viven en su comunidad por parte de sus pares que buscan incorporarlos a grupos del crimen organizado o jovencitas que son acechadas por algún pistolero. En estos casos, el Norte es su ruta de salvación.

Los costos y riesgos han generado que muchos migrantes decidan permanecer en el Norte el mayor tiempo posible; pariendo y criando a sus hijos en Estados Unidos. En 2014, conversando con migrantes y sus familias en una comunidad michoacana, se acercó una señora para solicitarnos ayuda para localizar a su hijo. Él había salido rumbo a Estados Unidos unos meses antes, pero perdieron contacto. Escuchamos y se nos ocurrió buscar en algunas bases de datos que existen para localizar a migrantes y saber en qué cárcel y proceso se encontraba. La madre del migrante supo que había sido detenido en la frontera de Sonora por un grupo armado; por celular le dijeron que ya no llamara más. A partir de entonces, el celular no volvió a sonar. Como este caso, hay migrantes que no alcanzan a llegar a Estados Unidos. No se vuelve a saber de ellos en las comunidades mexicanas, quedando en calidad de desaparecidos o extraviados. Así vemos que ir a Estados Unidos ahora presenta peligros que décadas atrás eran poco visibles o no existían.

Además del crimen organizado, también los paisanos han empezado a engañar a su propia gente. Existen enganchadores de las mismas comunidades mexicanas que invitan a paisanos a trabajar en Estados Unidos, les ofrecen trabajo y apoyo para cubrir los gastos que implica el cruce indocumentado. Una vez que se encuentran en Estados Unidos son obligados a realizar labores relacionadas con el crimen organizado.

Aun así, el Norte sigue siendo imaginado por muchos como sitio de escape a sus problemas, solución a los mismos y como un lugar donde el trabajo abunda y el salario percibido es mejor. Estando en la plaza de su pueblo, un exmigrante michoacano señaló su entorno diciendo: “Todo lo que miras aquí (casas, negocios) no son centavos de aquí, son de allá”. Se refería a las pocas oportunidades económicas en su comunidad y, en consecuencia, la necesidad de ir al “otro lado”. De igual forma, la esposa de un migrante apuntó: “Se van a trabajar, si aquí (en Michoacán) hubiera trabajo, pues no se iban”. Sin embargo, el contexto económico del vecino país parece estar dando fin al mito de que en Estados Unidos se “barren dólares”.



La gran recesión y las políticas de seguridad nacional han afectado considerablemente a los migrantes indocumentados y sus familias:

Allá ya nomás se la pasaba uno sufriendo. No teníamos trabajo. Salíamos en las mañanas a juntar cartón y aluminio para vender. A veces juntábamos como 20 dólares al día, nomás para pasarla. Luego empecé a vender tamales afuera de un Walmart pero me quitó la policía porque no tenía permiso. Entonces si ya no teníamos trabajo y para vivir así, mejor nos venimos acá. Por lo menos tenemos la casa, no pagaríamos renta y pues ahí la familia nos ayuda, no nos deja solos.

Mujer migrante de retorno voluntario, municipio de Penjamillo, Michoacán.

El panorama es complicado, tanto en Estados Unidos como en México. La vida se pone en juego cada vez más con un cruce indocumentado. Pero a pesar del riesgo, resultaría difícil detener la migración y el hecho de que el “sueño americano” se encuentre entre siestas con recurrentes pesadillas. Retornar a la comunidad mexicana no siempre resulta la mejor decisión para los migrantes deportados y sus familias. Los contextos socioeconómicos no son los adecuados para permanecer y muchos expresan no “hallarse” en México. Para estas personas, el retorno se piensa y se da hacia Estados Unidos.

LA LLEGADA ¿A CASA?

La incertidumbre se apodera de muchos. Desconocer el sitio al que se dirigen o dejar en Estados Unidos a la familia y proyectos de vida genera problemas de salud mental. “Me siento mal de la cabeza”, señaló un joven deportado que se encontraba en el Michoacán rural. Para los adultos, que tienen recuerdos de la comunidad, ese malestar en la cabeza es también algo recurrente. Sin importar edades, los comparan con otras dolencias, padecimientos, miedos y/o sentimientos encontrados.

Varios migrantes deportados o que retornaron de forma voluntaria (como la mujer del testimonio anterior) han señalado que la situación económica en la comunidad de origen no muestra cambios: “Sigue igual de jodido que cuando me fui, así que, ¿a qué me quedo?”. Por tanto, su intención de volver a Estados Unidos se presenta a pesar de las políticas de seguridad nacional en dicho país.

Para los migrantes con experiencia migratoria reciente que se encuentran en México y los nacidos en Estados Unidos, los problemas pueden ser similares, pero enfrentados de distinta forma. Para los/as nacidos y criados en Estados Unidos, la diferencia cultural representa uno de los principales problemas. Una joven nacida en Estados Unidos, actualmente residente en Michoacán, comentó: “Allá nadie se fija, aquí hasta en lo que te vistes te ven mal”. Explicaba que en la comunidad en la que vive la señalan mucho por utilizar cierto tipo de ropa y maquillaje. En Estados Unidos no era problema, simplemente era parte de la moda.

Para otra joven nacida en Estados Unidos, la vestimenta y lenguaje representaron elementos de discordia con otras alumnas de la preparatoria a la que asistía. Ella sufría constante acoso hasta que fue expulsada de la escuela por pelear con una de las jóvenes que a menudo la molestaba. De hecho, el acoso o señalamiento por ser migrante no fue únicamente por parte de sus pares sino también de autoridades.

Para dos hermanos de 12 y 14 años nacidos en Estados Unidos que llegaron a Michoacán ante el retorno voluntario y planeado de su padre y madre, la comunidad de origen de los adultos les pareció tranquila hasta que empezaron a tener problemas por ser migrantes. Su madre constantemente les llamaba la atención para que dejaran de hablar inglés en la calle. Les pedía que lo hicieran únicamente en casa porque veía que a las personas no les parecía adecuado que estando en México no utilizaran el español. La comida favorita de los menores eran las hamburguesas y pizzas; lo decían de manera abierta y sin problema. Las personas de su entorno consideraban que eran actitudes de rechazo a las costumbres mexicanas. Empezaron a señalarlos como “agringados” que habían perdido su cultura mexicana. También es común que autoridades municipales realicen eventos durante la época de afluencia de migrantes para evitar que se pierda la cultura en las nuevas generaciones. Muestran poca apertura a la interacción de los contextos culturales de los migrantes y sus familias a pesar de manejar discursos y apuestas de ser estados binacionales.

Los mismos hermanos comentaron que sus maestros de inglés los rechazaban por corregirles la pronunciación en clase. Uno de los profesores los señalaba cuando hablaban de algo que consideraba como mala influencia para México. Por ejemplo, en una clase apuntaba lo negativo de las peleas de perros y señaló a uno de los menores al momento que decía: “Eso lo trajeron los que vienen de allá, Estados Unidos”.



Ante las problemáticas señaladas, la madre de tres menores nacidos en Estados Unidos (uno en primaria, otro en secundaria y la mayor en preparatoria) comentó con enfado: “Los mando a la escuela nomás para que la gente no ande hablando”. Señaló que su hija había sido expulsada de forma injusta y nada pudo hacer, mientras que frecuentemente es citada por los profesores para darle queja del bajo rendimiento que presentan dos hijos. Llegan al punto de decirle que sus hijos “son burros”, que no aprenden. En cambio, en Estados Unidos nunca recibió quejas por parte de las autoridades escolares. Además, señaló molesta: “Que le pregunten de historia de Estados Unidos, para que vean que sí sabe”. Este caso ejemplifica la falta de atención a menores con escolaridad en Estados Unidos que intentan insertarse en escuelas mexicanas. No hay atención a los programas educativos, a los currículums, ni siquiera en ciudades fronterizas como Tijuana, donde el inglés mezclado con el español es algo común. En esa ciudad, un grupo de estudiantes de secundaria que habían estudiado el equivalente a primaria y parte de secundaria en Estados Unidos señalaron que el principal problema al momento de estudiar en México era que los maestros no les entendían y exigían el español. Además, no entendían contenidos que se enseñaban en México.

Otro problema ha sido la invisibilidad que adquieren en las aulas. En 2013, durante el trabajo de campo en un municipio michoacano con alta migración, preguntamos en algunas escuelas por la presencia de alumnos nacidos en Estados Unidos. La respuesta inmediata fue “no”, seguido de “bueno, creo que hay dos”. Se desmintió esta respuesta frecuente en primarias, telesecundarias y preparatorias, pues encontramos 15 alumnos provenientes de tres rancherías en cinco escuelas.

Estos alumnos en retorno han adquirido la misma invisibilidad para el gobierno. Es difícil que accedan a apoyos de programas sociales, como becas o seguro médico. Para ello es necesario contar con la Clave Única de Registro de Población (CURP) y estar registrados en México. Otro trámite necesario es la apostilla al acta de nacimiento. Este es un procedimiento de legalización y reconocimiento a documentos emitidos por otro país para tener validez en el nuestro; permite a niños y jóvenes acceder a servicios educativos y obtener certificados. El trámite se sigue solicitando a nivel comunidad a pesar de ser supuestamente gratuito y de haberse logrado la dispensa de dicho documento en 2015 y su ratificación en 2017 con la reforma a la Ley General de Educación. En algunos municipios cobran entre 2 500 y 3 500 pesos por el apoyo de autoridades y traductores en su trámite, lo que para muchas familias de migrantes resulta incosteable. La madre de

tres menores nacidos en Estados Unidos señaló: “O comemos o ahorramos... por hasta varios años, sin gastar en nada más para pagar por las tres actas”.

La dispensa de la apostilla del acta significa que jóvenes migrantes puedan recibir educación y obtener certificados sin la necesidad de la traducción y validación del acta. Sin embargo, esta concesión no ha podido llevarse a cabo por falta de comunicación entre distintos niveles de gobierno y nuestro sistema educativo. Es un trámite que siguen requiriendo en escuelas primarias, secundarias, telesecundarias y preparatorias de comunidades rurales. En aquellas donde no lo solicitan queda a consideración y “buena voluntad” de los directores. Por ejemplo, la directora de una primaria de una comunidad michoacana no exige el acta a sus alumnos y alumnas y permite que cursen primaria. Además, ella los ayuda a que se incorporen a la telesecundaria de la misma comunidad. Les advierte que a ella la Secretaría de Educación Estatal le requerirá el documento para emitir certificado. Así, podrán haber cursado los tres grados de telesecundaria y otros más de primaria, pero no obtendrán ningún certificado. Esto trunca su educación, limitando sus posibilidades de desarrollo académico-profesional y causando que sientan rechazo en su propia comunidad.

Otro punto ahora en debate por parte de políticos y el sector educativo es la validación de materias y cómo transformar calificaciones en letra (por ejemplo A- o C+) a calificación numérica. Además, cuáles materias se validarán si allá algunas asignaturas de nuestro sistema educativo no se imparten y viceversa. Es preocupante la forma en que esos menores volverán a Estados Unidos a competir por empleos con sus pares si en México existen barreras para continuar sus estudios.

Los activistas de los derechos migrantes han señalado que el muro que afecta a migrantes no es el que se encuentra en la frontera norte de nuestro país, sino el que ha sido construido en nuestro sistema a través de la burocracia. Así, los contextos rurales, ya de por sí complicados para quienes no han migrado, presentan mayores complicaciones para que las personas con dilemas identitarios tengan o no documentos válidos en México.

También hay jóvenes que vuelven luego de un largo periodo en Estados Unidos debido a una deportación. Para ellos los problemas, además de los ya señalados para los nacidos en Estados Unidos, giran en torno al rechazo comunitario, familiar y a contextos

Para un directorio de organizaciones ciudadanas que defienden los derechos de los migrantes, consulta <http://fundacionjusticia.org/>



económicos que les impiden insertarse a los entornos de los que son originarios, mas ya no parte de éstos. La deportación implica estigmas que son reproducidos en sus propias comunidades en México, convirtiéndose en una de las principales causas de la inserción/reinserción fallida. Adicionalmente, la deportación puede significar la separación familiar cuando la familia no viaja a México para reunificarse con el deportado.

“DUELE SER HOMBRE”: EXPERIENCIAS DE UN DEPORTADO MICHOACANO

En 2013 visitábamos a la esposa de un migrante deportado; ella decidió reunirse con él en la comunidad de origen de ambos, junto con sus tres hijos nacidos en Estados Unidos. Su argumento fue: “Si no estamos juntos, no es familia y los hijos los tenemos que educar los dos”. Fue un retorno de la esposa para buscar la reunificación familiar y así hacer frente a esa situación. Sus tres hijos nacidos en Estados Unidos viajaban por primera vez a México. Por tanto, ellos no volvían como sus padres. Sin embargo, el reencuentro no fue como lo esperaban. Al llegar a su hogar, escuchamos gritos de auxilio que hicieron que apresuráramos el paso. Al llegar al patio, vimos cómo al esposo se le escabullían entre las piernas unas gallinas cada vez que intentaba patearlas sin éxito. Al vernos, el hombre se nos acercó rápidamente y dijo: “Yo también tengo cosas que contar”. Nos pasó a su casa y se sentó en una caja, al tiempo que buscaba qué darnos para que nos sentáramos y comentó con pena: “Ni para sillas tengo”.

El migrante intentaba explicar el motivo por el que se encontraba molesto y evitar que tuviéramos una mala opinión de él. Mientras tanto, su esposa gritaba desde la puerta: “Sé lo suficiente hombre, sé lo suficiente hombre y deja el vicio”, refiriéndose a su hábito de tomar alcohol. Él se veía desesperado y apenado. Tuvimos que calmarlos por separado, primero a su esposa y luego platicar con él. Él habló de lo difícil que era ser hombre en México. Aquí era únicamente su obligación mantener y dar lo necesario a su familia. Eso resultaba difícil cuando no había trabajo o, en caso de encontrar, era esporádico y por un bajo salario. Su esposa había conseguido trabajo en una tienda de abarrotes y así obtenía un ingreso fijo a la semana. En cambio, él había puesto en marcha un negocio de pizzas que preparaba en el horno de leña de casa de su madre y salía a venderlas por las tardes

a las rancherías vecinas. No dio el resultado esperado y lo dejó. Luego empezó a emplearse en la construcción o como peón en el campo cuando había trabajo. También se empleaba en lo que lo ocuparan: desde cambiar teja o levantar bardas de piedra, hasta limpiar ecueros y parcelas de piedras.

Pausaba su plática; se veía que pensaba cuidadosamente su experiencia antes de continuar. La situación de que su esposa tuviera trabajo fijo y él no había generado que sus amistades, gente del rancho y hasta familiares le recriminaran e hicieran burla de que ella lo mantuviera. Eso no lo soportaba. Por eso cuando llegó a casa ese día, luego de ingerir algunas cervezas, su esposa le recriminó que el dinero lo gastara en alcohol y no en necesidades de la casa. Él reaccionó molesto, no contra su esposa sino contra los animales. Dijo que a ella sería incapaz de hacerle daño; es la madre de sus hijos y sabe que ella decidió dejar su trabajo y vida en Estados Unidos para apoyarlo cuando fue deportado. Pero esa situación podría cambiar con las presiones de la comunidad.

El migrante deportado recalca las carencias que enfrentan sus hijos: la menor necesitaba medicina para las alergias que padece y aquí era complicado acceder a las mismas. Ella ya empezaba con problemas de sinusitis, situación que lo frustraba, pues sentía que su valor como hombre era puesto en entredicho. En un tono similar, otros migrantes deportados expresaban el mismo sentimiento. Para ellos, a pesar de haberse logrado la reunificación familiar en México, esto les generaba más preocupaciones que alegrías. “Acá uno tiene que esperar una fecha especial para darse un gustito, allá todo el año era día de Reyes”, señaló un migrante deportado en referencia a que en México, ante la falta de empleos, es difícil comprarles cosas a los hijos. Vemos que la deportación no sólo afecta a la persona que la vive sino a su familia también. La comunidad puede iniciar habladurías, así como disputar directamente con ellos el poco trabajo existente. Ante estas circunstancias, la familia empieza a fracturarse y el retorno a Estados Unidos se hace latente por el “bienestar” de los hijos.

Otro problema son las redes sociales de apoyo que requieren reactivarse, después de décadas de alejamiento. Para dos migrantes deportados a los 22 y 26 años, criados en Estados Unidos desde los dos años, la familia en la comunidad y el apoyo de la misma desde Estados Unidos resultó vital para su inserción a la comunidad. Sin embargo, no todos cultivan las redes; cuando vuelven, enfrentan contextos que les resultan ajenos y desconocidos. Pueden tener compromiso con la comunidad, pero no identificarse con la misma al haber sido socializados en



entornos distintos a los rurales. Además, sus habilidades laborales pertenecen a ámbitos distintos.

Los jóvenes son rechazados por no lograr insertarse en mercados laborales, no saber realizar actividades agrícolas y no mantener a su familia. Su apariencia radicalmente distinta (uso de ropa holgada, cabeza rapada y tatuajes en el cuerpo) también provoca rechazo. En una ocasión, un joven deportado de 27 años escuchó la advertencia que hacían a otros jóvenes de no hacerle compañía o tener cuidado al pasar por la plaza porque podía robarlos. Al paso del tiempo, empezó a ganarse la confianza de sus pares y fue invitado a trabajar. Realizó actividades que nunca había hecho, pero las aprendió de buena forma. Además, se acomedió a realizar faenas, el trabajo comunitario obligado para los residentes de la comunidad. Así, empezó a ser reconocido como un “muchacho trabajador”. Sin embargo, a diferencia del migrante anterior que tuvo apoyo de su familia en la comunidad y Estados Unidos, él careció de ese apoyo. A pesar de ser aceptado por otros jóvenes y miembros de la comunidad, resintió la falta de apoyo familiar. En la comunidad vivió en varias casas, con amistades y parientes, pero fue el único apoyo que tuvo. Poco a poco el rechazo por parte de la familia, ya no de la comunidad, le llevó al consumo de alcohol, lo que ha ido deteriorando su salud y generando comentarios como “ya no es el mismo”.

CONCLUSIÓN

Hemos mostrado algunos efectos colaterales de las deportaciones, los procesos de inserción de menores, jóvenes migrantes y deportados a contextos rurales. El principal problema enfrentado por los menores nacidos en Estados Unidos que viven hoy en comunidades rurales en Michoacán es su invisibilidad, tanto para autoridades (educativas y gubernamentales) como para la sociedad. Suelen ser rechazados por ser estadounidenses hijos de migrantes mexicanos. Son víctimas constantes de acoso escolar tanto por sus pares como por maestros y directivos. La integración a contextos rurales hostiles produce conflictos y consecuencias negativas. Algunas familias marcan una distinción entre los hijos nacidos en México y los nacidos en Estados Unidos. Estos últimos son presionados a asumir la responsabilidad de legalizar a otros miembros de la familia, aun cuando los menores no deseen volver a Estados Unidos.

Para los adultos jóvenes que vuelven luego de ser criados en Estados Unidos, el principal problema es ser deportados, pues trae consigo una serie de señalamientos y prejuicios que desde Estados Unidos son impuestos y los persiguen hasta las comunidades en Michoacán. Ha sido común que autoridades municipales, estatales y federales señalen al deportado como criminal, o cuando el candidato a presidente de Estados Unidos, Donald Trump los llamó en su campaña “bad hombres”.

Además de la estigmatización del deportado, también el retorno al Norte resulta más complicado por contar con antecedentes penales. Posteriormente a una deportación, una nueva detención se castiga con entre cinco y diez años de formal prisión. Como decía un migrante michoacano deportado, “ahora sí meten a la cárcel”. Por otro lado, las largas estadías en el país vecino generan que las redes sociales de apoyo, las relaciones con paisanos en la comunidad e incluso con la familia se pierdan y ante la deportación o retorno voluntario el contexto resulta más hostil.

La reinserción de los migrantes –sean menores, jóvenes, adultos o adultos mayores– debe considerar aspectos como edad, género, estatus migratorio y motivo del retorno o migración. Se debe contar con acciones que partan de las distintas oficinas municipales y que actúen en correlación unas con otras. Por ejemplo, el DIF en conjunto con la Estancia para la Mujer o la Secretaría de Desarrollo Social (Sedesol).

Por otro lado, sería vital realizar campañas de sensibilización sobre contextos migratorios actuales para informar que un deportado lo es por varias razones. No siempre es por andar en malos pasos. Enseñar que las personas criadas en Estados Unidos no son racistas con su cultura mexicana, sino que responden a contextos de crianza distintos. Posiblemente, con acciones como éstas podríamos sensibilizarnos no sólo sobre lo que ocurre en la frontera o en Estados Unidos con los migrantes, sino sobre lo que experimentan en nuestro propio entorno donde ya se encuentran y necesitan apoyos para que su incorporación a la comunidad sea lo menos espinosa posible.

